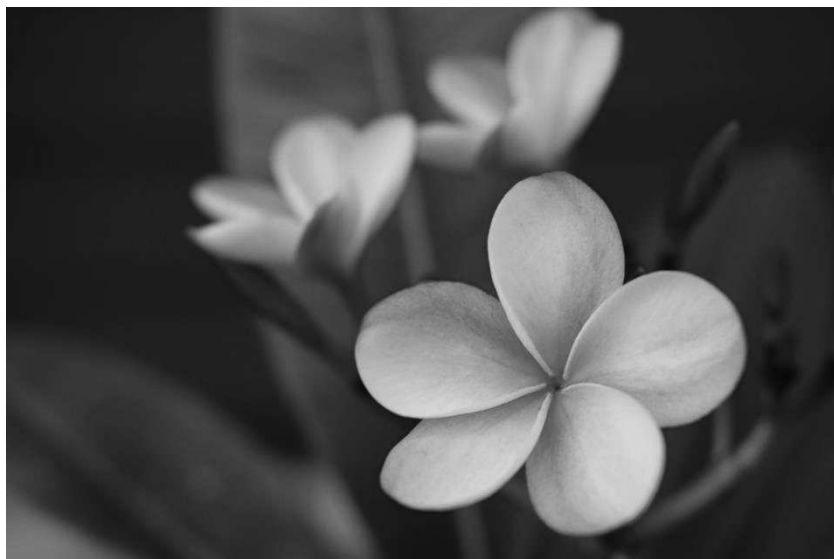


# **¿Otro caso Asunta?**



**Llorenç Guilera**

¿OTRO CASO ASUNTA?

¿ESTAMOS ANTE UN CASO ASUNTA BASTERRA BIS?

© Llorenç Guilera, 2024

Independenlyt published

ISBN - 9789403732367

## **Dedicado a...**

...a todos los que seguimos horro-  
rizados por el asesinato de la pequeña  
Asunta Bastera e intrigados por los  
muchos interrogantes que el juicio nos  
dejó.

Mi odio hacia alguien que le quita a un niño parte de su infancia es grandioso. A mi entender, es uno de los mayores crímenes que existen ese robo de la inocencia...

*Albert Espinosa*

El tiempo no cura la herida de un niño muerto.

*Stig Dagerman*

# Capítulo 1 – Una noche trágica

*Barcelona, jueves 22 de septiembre de 2016*  
*3:28 a.m.*

El inspector Robert Gálvez tiene un sueño muy ligero, consecuencia de los largos años de veteranía que lleva en su profesión. Al tercer timbrado, su mano se dispara a coger el móvil y su cerebro recupera el nivel de conciencia necesario para pulsar el icono verde y acercar el aparato a su oído.

—¿Inspector Gálvez? Soy Ricardo—. La voz que emerge del teléfono queda a la espera de obtener el *feed-back* de su interlocutor. No necesita disculparse por llamar a esas horas tan intempestivas porque Robert sabe de sobras que le está llamando desde la Dirección General de Investigación Criminal para transmitirle las órdenes directas del Comisario por un tema importante y urgente.

Robert, se incorpora a medias en la cama, se coloca bien el teléfono al oído y logra articular las palabras de conformidad que el otro está esperando:

—Dime, Ricardo. Tomo nota.

A través de las legañas, ve en el *smartphone* que son las tres y veintiocho. Cuatro horas y dos minutos antes de que suene la alarma del despertador de los días de trabajo normal, como el que se suponía que iba a ser mañana.

—Tenemos el levantamiento de un cadáver cerca de Vic — le informa Ricardo.

—¿Y estáis seguros de que es un tema nuestro?

—Los *mossos* de Vic confirman que se trata de un homicidio.

—¿Los de la científica y el forense ya están avisados?

—El Comisario se ha basado en el informe preliminar de ellos para decidir que usted tome el mando de la investigación.

—¿Y te han dicho quién es la víctima?

—Es un tema muy triste, inspector. Se trata de una niña de unos doce años.

—¡Vaya, por Dios! Todas las muertes son tristes, pero la de un niño lo es siempre mucho más.

—Y que lo diga. Parece que sus padres habían denunciado su desaparición a la hora de la cena. La han encontrado en un camino forestal. No muy lejos de Vic. Le mando por SMS las coordenadas GPS.

—Gracias, Ricardo. Ya mismo me pongo en marcha.

Y antes de que finalice esta frase, Robert Gálvez ya ha puesto sus pies en el suelo de su habitación.

*Camino forestal, jueves 22 de septiembre  
4:31 a.m.*

Robert lleva unos pocos metros siguiendo la pista forestal de la Riera de Folgueroles, a las afueras de Sant Julià de Vilatorrada cuando el GPS le indica que ha llegado a su destino. En un recodo del camino, en el talud a su izquierda, distingue resplan-

dores de linternas moviéndose entre los árboles dentro del cerco delimitado por las cintas blanquirrojas.

Aparca detrás del coche patrulla y se dirige al punto de entrada al cercado de seguridad. Tan pronto como enseña su placa al *mosso* que custodia la entrada, éste llama a su superiora.

—Sargento, acaba de llegar el inspector de la Brigada de Homicidios.

De tres zancadas viene a su encuentro la sargento que está al mando operativo. Es una mujer de unos cuarenta y pocos años, resolutiva y ágil de movimientos que Robert no conoce porque nunca han coincidido anteriores intervenciones en la zona.

—Soy la sargento Francina Riutort —le encaja un apretón de manos vigoroso, casi masculino— y estoy al mando del área Básica Policial de Vic.

—Inspector Robert Gálvez.

—Ya nos ha avisado el Comisario de que le enviaba a usted. Le estábamos esperando.

—Desde que me han avisado no he perdido ni un minuto en acercarme —contesta con tono bronco Robert.

La sargento recibe esta respuesta como una grosería fruto del malhumor.

—Me ha interpretado mal, inspector. No me refería a que usted tardara, me estaba refiriendo a que los de la científica le esperaban para ponerse a sus órdenes y ver si quiere algo más

Robert se da cuenta de que su tono fue inoportuno.

—Discúlpeme, sargento, saltar de la cama a mitad de la noche para un tema tan tenebroso como el asesinato de una pobre niña me pone de un humor de perros.

Francina llama con un gesto a uno de los agentes.

—Eduard, tráele el termo de café al inspector, ¿quieres?

Con media toma de café en el gaznate y otra media en el vaso desechable, Robert se dirige acompañado por la sargento hacia el responsable de la Unidad Científica.

—Haremos todo lo que usted nos diga. Ayúdenos a no dejar ni un solo indicio sin detectar y recoger.

—Sé cómo trabajáis. Estoy seguro de que estáis haciendo un trabajo excelente y no os olvidaréis de nada —le contesta el inspector—. Oigamos primero qué nos cuenta la forense.

Se acerca a la forense del Instituto Anatómico Forense de Barcelona, la doctora Raquel López-Ferreras que está con el juez de guardia del partido judicial de Vic, Su Señoría Eduard Llanes.

Tras los saludos protocolarios, la doctora emite su informe preliminar ocular.

—Es una niña de unos diez años. Es evidente que la han asfixiado en otro lugar y la han trasladado, ya muerta, aquí. Se nota que la han depositado donde está con mucho cuidado, que no ha sido arrastrada por el suelo. La han depositado donde está una sola persona lo bastante fuerte o, quizás, la entre dos personas.



» Por ahora no tenemos ni idea de dónde haya podido ser el escenario del crimen. Creo que la han drogado con un fármaco, posiblemente orfidal, y han terminado la faena tapándole la nariz y la boca con una almohada o algo similar de naturaleza textil. La niña no ha luchado para defenderse porque estaba drogada y sin fuerzas. Tiene muestras de vómitos en las comisuras de los labios que se los han limpiado con un pañuelo y hay evidencia de que se le han soltado los esfínteres al asfixiarla. En principio, sitúo la muerte sobre las siete de la noche, pero os la concretaré con mayor precisión con la autopsia. Entonces os podré decir si la han violado o no; aunque, en principio, las apariencias son de que no.

Con su linterna y el apoyo de la de su acompañante, Robert ilumina el cuerpo tendido de la niña y recorre lentamente su envergadura de metro cuarenta.

Tiene los ojos cerrados. Alrededor de la boca se distingue un cerco, blancuzco y seco que, según la forense, son restos de vómitos mal limpiados. Sus ropas no están desgarradas ni se ven manchadas en ningún punto.

—¿Es una niña oriental? —pregunta Robert al apreciar las facciones de la pequeña.

—Es una niña vietnamita adoptada —le informa la sargento—. Se llama Gemma Calafat y tenía once años. Sus padres son de Vic y habían denunciado su desaparición en Comisaría a las 21:45. La madre la dejó en su casa esta tarde estudiando y se fue a realizar unas gestiones y cuando regresó la niña no estaba. Los padres están divorciados, pero parece que son buenos amigos y compartían amicalmente la custodia de la niña.

—¿Quién la encontró?

—Un administrativo del Ayuntamiento de Sant Julià de Vilatorrada. Se ve que tiene la costumbre de hacer *running* todas las noches para combatir el insomnio y el sobrepeso. Pasó por aquí a las 12:06 y se encontró con este «regalito».

—Parece que el asesino tenía la intención de que fuera fácil de encontrar. No se ha molestado en esconder el cuerpo en lo más mínimo. Un poco más y lo deja en mitad de la calzada.

—Me imagino que lo habrá tenido que dejar de prisa y corriendo para evitar testigos.

—A mí me da la sensación de que se ha tomado el tiempo necesario para dejarla bien puesta y visible. Creo que la ha dejado así a propósito, para que el primero que pasara la viera sin falta.

—Sí, es posible que tenga razón —asiente Francina.

—¿Qué indicios habéis encontrado? —le pregunta el inspector al responsable de la Unidad Científica.

—La única cosa más destacable es un par de cuerdas que el asesino ha dejado tiradas cerca del cuerpo. Parece que las había usado para atarla de pies y manos.

Una imagen relámpago ilumina de repente la memoria del inspector.

—¿Cuerdas de color naranja?

El policía de la científica se sorprende.

—Sí. ¿Cómo lo ha adivinado?

—No lo he adivinado. Me he limitado a reconocer la similitud que desde un principio estaba llamando la atención de mi inconsciente.

—¿A qué se refiere?

—Este homicidio me recuerda un montón el de Asunta Basterra.

—¡Caray! Es verdad —se exclama Francina—. Concentrada en recoger las evidencias del escenario, no lo había relacionado

—Pues, ¿quieren que les diga algo que les pondrá los pelos de punta? —advierte Robert.

—Sí, no se lo calle —le exhorta la sargento.

—El asesinato de Asunta Basterra ocurrió exactamente un veintidós de septiembre. Y hoy se cumple el tercer aniversario.

La sargento Francina Riutort experimenta un escalofrío de manera muy evidente y no se esfuerza en disimularlo.

—Me parece una coincidencia diabólica.

—Yo no creo en las casualidades —le indica Robert—. Pienso que el asesino o los asesinos (si es que son dos) han buscado a propósito esta similitud.

Durante unos segundos, se quedan los tres policías juntos en silencio, absorbidos por sus respectivas cavilaciones.

*Camino forestal, jueves 22 de septiembre*  
*5:20 a.m.*

El silencio de la noche es roto por el rugido de un Audi 8 de color negro irrumpiendo a una velocidad desmesurada y frenando con brusquedad al pie de la escena acordonada.

Del automóvil descienden agitados y con tremendas prisas un hombre moreno de unos cuarenta y tantos años y una mujer bajita y frágil con edad difícil de precisar.

—Son los padres de la niña —avisa la sargento.

—¿Cómo se habrán enterado?

—Les hará avisado algún vecino que ha visto la que hemos montado. Antes de venir a la Comisaría a denunciar la desaparición, estuvieron telefoneado a todo quisqui buscándola.

La madre se ha adelantado y el *mosso* de la entrada al recinto acordonado se ve obligado a bloquearle el paso.

—Por favor, señora. No se puede entrar.

—¿Es ella? ¡Solo quiero saber si es mi hija! —chilla con desesperación Rut Fontdevila.

La forense piensa que, aunque el protocolo establece la preferencia de proceder al reconocimiento del cadáver en condiciones adecuadas en el Instituto Anatómico Forense, se dirige al juez pidiéndole permiso:

—Ya que están aquí, que hagan el reconocimiento del cadáver. ¿No te parece?

El inspector se adelanta y acoge a los padres con amabilidad formal.

—Disculpen, ¿quién les ha avisado?

Señalando la casa que está en la rotonda al inicio del camino forestal, Xavier Calafat le contesta:

—El dueño de esta casa es amigo nuestro y sabía que Gemma había desaparecido. Al ver que han encontrado una niña nos ha llamado.

—Lo siento, no pueden acercarse más para no contaminar la escena. Vean la fotografía y digan si es su hija.

La madre suelta un jadeo de dolor al ver la foto en el móvil del inspector, casi un estertor, y se encoge sobre si misma en un sollozo desesperado, sin palabras ni lágrimas. El padre, con cara larga y triste, pero mucho más sereno, confirma verbalmente lo que hace rato que todos ya sabían:

—Sí. Es ella. Es nuestra hija Gemma.

El inspector se dirige a ellos.

—Lamento enormemente su dolor. Siento tener que pedirles que nos acompañen a la Comisaría de Vic para hacer el atestado.

Rut Fontdevila experimenta convulsiones en su pequeño cuerpo de metro y medio de altura y cuarenta y pocos quilos de peso mientras rechina de dientes y exclama:

—¿Cómo es posible? ¿Quién ha podido matarla? ¿Y por qué? ¿Cómo es posible tanta maldad?

Xavier Calafat, que, aunque es de estatura normal, parece un gigante al lado de su exesposa, la abraza por la espalda e intenta consolarla sin palabras.

—Usted, Sra. Fontdevila, es propietaria de una casa de veraneo aquí en Sant Julià de Vilatorrada ¿no es cierto? —le pregunta la sargento.

Rut expresa en su cara que la pregunta le sorprende. «¿Qué tiene que ver eso ahora y aquí?».

—Sí. La heredé de mis padres.

—¿Han estado esta tarde allí?

—Sí —responde entre sollozos—. Yo sí, he ido a recoger unas sábanas y ropa de cama que me dejé en julio y que ahora necesitaba en casa.

—¿Fue sola o con su hija?

—Sola. Dejé a Gemma en casa haciendo sus deberes de inglés y cuando regresé no estaba allí. En principio no me asusté porque ella se movía con plena libertad entre nuestra casa y la casa de su padre. Pero cuando llamé a Xavier para preguntarle si cenábamos juntos o no y me dijo que la niña no estaba con él, me asusté de verdad.

—¿Podríamos pasar ahora por la casa de Sant Julià y registrarlo en busca de posibles pistas? —pregunta el inspector.

Rut se muestra muy sorprendida por la propuesta y claramente dubitativa.

—Dada la proximidad, podría ser donde la mataron. Nos puede ir bien cualquier información que podamos hallar en la habitación de la niña —le aclara Robert.

*Sant Julià de Vilatorça, jueves 22 de septiembre*  
*6:05 a.m.*

El Audi A8 se detiene en una calle residencial de Sant Julià de Vilatorça, delante de una magnífica finca con un generoso jardín y una casa de unos doscientos metros cuadrados de planta que muestra un buen diseño arquitectónico y una sólida construcción con materiales de calidad. La pareja desciende y procede a abrir la cancela.

Les siguen los dos policías y los tres miembros de la Unidad Técnica de Soporte Operativo.

—Bien —interviene el inspector—. El juez nos ha autorizado el registro policial como posible escenario de la muerte de la menor Gemma Calafat. Les ruego que nos acompañen en todo momento y no interfieran en absoluto en la investigación.

Hora y media después, los técnicos hacen un primer resumen oral de los resultados del registro.

El hallazgo más espectacular ha sido el *smartphone* de la niña Gemma encima de la mesilla de su habitación, en el piso de arriba. La cama estaba hecha, pero con evidentes muestras de haber tenido uno o más cuerpos acostados encima de la colcha. En la almohada se detectan manchas de polvos blancos.

—Que empiecen comprobando si es Lorazepam triturado— sugiere el inspector.

En la papelería, un rodillo incompleto de cuerda naranja, de cordel para pacas, del mismo tipo de cuerda que han hallado dos trozos en el bosque, a pocos metros del cadáver de la niña, y

unos pañuelos de papel todavía algo húmedos de vómitos y de polvo blancuzco.

Robert Gálvez se admira —pero no se sorprende— de la extraordinaria coincidencia con los objetos hallados en el registro de la casa de veraneo de Rosario Porto en 2013. Una persona dada a creencias sobrenaturales tendería a pensar que unas fuerzas poderosas del destino están clonando en tierras catalanas la tragedia gallega de tres años antes. El inspector Gálvez no tiene respuestas todavía y quizás no llegue a tenerlas nunca —aunque confía plenamente en su capacidad profesional— pero tiene muy claro que no existen las fuerzas sobrenaturales.

El inspector se planta delante de la pareja.

—Les notifico que hay fuertes indicios de que su hija fue asesinada en el piso de arriba, en su propio dormitorio.

Rut y Xavier se quedan tensos y ella rompe de nuevo en sollozos. En la cara de Rut aparece una mueca de incredulidad.

—No puede ser. Yo he estado aquí esta tarde sola. Ella estaba estudiando en mi casa, en Vic.

—Pues alguien la trajo al piso de arriba sin que usted se enterara. ¿Hasta qué hora estuvo usted aquí?

—Me fui a las ocho y cuarto.

—Puede que la trajeran aquí después de que usted se fuera —especula el inspector—. ¿Cuántas personas tienen en su poder llaves de esta casa?

Rut capta la importancia comprometida de esta información y parpadea nerviosamente antes de contestar. Xavier permanece callado y taciturno.



—Tenemos llaves nosotros dos, mi amiga Berta, que es la madrina de Gemma y la mujer de la limpieza, que es una señora mayor de absoluta confianza de aquí el pueblo. De la caseta de las herramientas, también tiene una llave el jardinero. Pero de la casa no.

—¿Nadie más?

—Nadie más —contesta Rut con voz apenas audible, dándose cuenta del significado que tiene el hecho de formar un universo tan limitado de personas.

—¿Y no tendrán un juego de llaves que hayan prestado a alguien y no se lo haya devuelto?

—No que yo recuerde.

—¿No tendrán un juego de llaves escondido debajo de una maceta o similar? —insiste el inspector.

—Para nada.

—¿No han perdido alguna vez las llaves y las han recuperado días u horas después?

Rut valora que probablemente le convendría mentir para ampliar el círculo de sospechosos, pero acaba contestando al inspector que no, que nunca han perdido de vista ningún juego de llaves.

—¿Pueden acompañarme hasta su vehículo?

Cuando Rut abre el Audi A8 con su mando a distancia, el inspector les aclara:

—Nos quedamos con el automóvil para que la científica analice las huellas y posibles evidencias.

El examen ocular muestra que no hay rastros sospechosos en el maletero, pero que al automóvil le faltan las alfombrillas de los asientos traseros.

—¿Puede decirnos dónde quedaron las alfombrillas posteriores del coche?

Rut, visiblemente trastornada, responde:

—No es posible que falten. Yo no las he quitado. No tengo ni idea de cómo han podido desaparecer ni por qué—. Después de unos segundos añade—: Habrán quedado en el taller, cuando estuve el otro día.

—¿Qué día llevó el coche al taller?

Rut, muy alterada, duda antes de responder:

—Hará una semana más o menos. Le tocaba el mantenimiento de los 50,000 kilómetros. Creo que fui el miércoles de la semana pasada.

Robert, mirando significativamente a la sargento para que tome nota, le dice a Rut:

—Denos el nombre del taller donde lo lleva y comprobaremos si ellos se quedaron por error con las alfombrillas.

Rut se queda abatida, sin ánimos para protestar. Xavier decide ponerse en plan macho protector.

—Oigan esto es un abuso.

—Disculpe —le contesta el inspector—. Estamos hablando de un posible indicio importante. El juez nos autorizará inmediatamente porque hay evidencias de que pudo haberse utilizado para transportar el cuerpo de la víctima.